
Andrés L. Mateo. *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. Santo Domingo, Editora de Colores, 1993. 217 p.

Este libro es resultado de una tesis doctoral presentada en la Universidad de La Habana. Desde las primeras páginas, se advierte una obra que, por su calidad, está llamada a trascender como forjadora de conciencia histórica. No hay riesgo en aseverar que se constituye en un punto de referencia no sólo para la comprensión del trujillismo, sino de amplias matrices de las ideas de la intelectualidad de este siglo. En efecto, rastrea el ambiente cultural previo al ascenso de Trujillo, como forma para acometer una suerte de historia cultural sumaria del trujillato.

Aunque Mateo no se interesara por adentrarse en fuentes abundantes, no deja de ofrecer información no sólo acerca de aspectos de la tradición positivista y, sobre todo, de los núcleos de intelectuales existentes hacia 1930, como el Grupo Minorista o Acción Cultural. En todo caso, se abren brechas en temáticas de las ideas, las cuales han ido cobrando alcances a partir de los estudios de Francisco A. Avelino, Franklin Franco y Raimundo González, entre otros. Sin embargo, Mateo no elabora una obra historiográfica convencional, lo que no desmerita sino que valida su esfuerzo. Resultaría incorrecto situarlo fuera de la historiografía por el hecho de que utiliza métodos del análisis literario. En verdad, enriquece las perspectivas de la práctica historiográfica dominicana, llamada a incorporar procedimientos de otras disciplinas sociales y humanas. Y es que, paralelamente, su análisis especializado, en contraste con sesgos formalistas, se inscribe en la realidad socio-histórica.

Habría, antes de entrar en materia, que resaltar dos virtudes de la obra. Por una parte, su vigor, producto de la contundencia del pensamiento preciso. Más importante es todavía su medular intención crítica: no trata tanto de describir sino de desmontar el tramado social de las ideas con intención de denuncia retrospectiva y actual.

En su empresa Mateo distingue los elementos conceptuales de lo que califica de mitos. Entre los segundos resalta la reconstrucción de la ciudad capital, la masacre de haitianos, la reducción del gavillerismo y el pago de la deuda externa. Enfoca la ideología a través de sus términos conflictivos, advirtiendo que, no menos, se sustenta en la mitología. Presenta, como sus grandes temas, el mesianismo, el hispanismo, el antihaitianismo, el catolicismo y el anticomunismo.

A su vez, la elaboración ideológica global la escinde entre jerga y discurso. La primera vendría a ser "la formulación infinita de ciertos filones temáticos... con una manía enfática." El

discurso, al mismo tiempo, incluye y trasciende la jerga, ya que implica un nivel de abstracción: "atraviesa por la creatividad de una personalidad auténtica, que en el manejo de una fuente común, sobresale por su formación más profunda y abarcadora, y porque identifica en el Estado trujillista preocupaciones y pensamientos propios sobre la cuestión nacional..." Podría quizás entenderse con esto una diferenciación entre discurso vulgar, burocrático e impersonal, por una parte, y discurso intelectualmente refinado, innovador y personalizado.

Esta categorización se sitúa como la herramienta clave de toda la construcción de *Mito y cultura*, pero no parece suficientemente trabajada en lo conceptual, notándose, por lo demás, que no produce resultados *per se*. Se podría aplicar el reparo -cosa que Mateo no deja de indicar- que todo discurso trujillista contiene necesariamente un atributo estatal e impersonal, atenido a cánones predefinidos. De ahí que resulta problemática su conclusión de "que el Discurso' pleno, la concepción teórica global de lo que significaba el trujillismo, únicamente lo alcanzó Manuel Arturo Peña Batlle, injertando en el trujillismo una cos-movisión que había trabajado desde antes, y dándole vuelo teórico a los puntos teóricos que caracterizaran la ideología del régimen." Se sigue, como consecuencia lógica, un capítulo sustancioso acerca de Peña Batlle, que hace justicia a la indiscutible preeminencia de su talento en ese coro endemoniado. Ahora bien, cabría quizá considerar pendiente de futuras búsquedas el establecimiento de una conexión más comprensiva entre el aporte de Peña Batlle con el de otros intelectuales y, en general, el cuerpo ideológico trujillista.

Roberto Cassá